EL PAIS 21 de Junio de 1983.

FLAMENCO / PRIMERA MARATÓN DE SEVILLA

Profetas en su tierra: la 18ª Caracolá de Lebrija

Á. Á. C., **Sevilla**

La 18ª Caracolá de Lebrija fue una fiesta. Después de unos años en que el festival, uno de los que más solera tienen en Andalucía, iba como agotándose irremediablemente, de pronto, el pasado sábado 3.000 personas o más llenaron el recinto.

Y comenzó el cante sin mayores sobresaltos. En el cartel estaban los lebrijanos, naturalmente. Uno de ellos, Montaraz, dijo sus cosas, recibió los aplausos legítimamente ganados y se fue. Dejó sitio al gaditano Juanito Villar, quien en el Sur gusta mucho, y gustó en Lebrija, aunque su voz acusaba el esfuerzo de la noche anterior en Sevilla. Luis de Córdoba estuvo mejor que en otras ocasiones, porque supo administrar el torrente de voz que le sobra.

Cuando los acompañantes de Manuela Carrasco empezaron el cante y el toque por seguidillas, y en seguida empuñaron los bastones para hacer el son de las *tonás*, sin música alguna, sólo la voz y el golpe de los palos sobre la tarima, el tablado fue súbitamente invadido por el drama de la liturgia flamenca. La *bailaora*, que tiene estampa y sentido de lo *jondo*, es la oficiante mayor de este rito. Manuela Carrasco está en el secreto y además es una gran *bailaora*, sobre todo de pies.

Otro lebrijano, Curro Malena, puso la noche al rojo. Curro es un *cantaor* seguro que no suele defraudar. En su pueblo, y con su público, estuvo ciertamente espléndido.

Y otro lebrijano, éste, el que lleva ese nombre por el ancho mundo del flamenco: Juan Peña. Con la espina de su *desastre* personal en el maratón de Sevilla, salió a cantar rabioso. Dijo el primer ¡ay! por mineras, y ya sabíamos que iba a pasar lo que pasó. Lo que pasó fue memorable. Nunca he oído cantar a Juan Peña *Lebrijano* como cantó en su pueblo.

Un baile excelente y un cante desigual en una noche histórica

ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO, **Sevilla**

En la Primera Maratón de Flamenco celebrado el pasado fin de semana en Sevilla volvimos a escuchar a María *La Perrata*. Ese son antiguo, que viene ni se sabe de dónde, pero seguro que es de los principios, de cuando el flamenco era patrimonio y privilegio de unos pocos seres que no encontraban un sitio bajo el sol. Yo no he oído cantar a nadie como canta la madre de Lebrijano. Hace unas cosas con la voz, unos quiebros, unos melismas, que parecen imposibles.

María me decía que eso es suyo, que no lo aprendió de nadie, pero esa voz oscura y sin brillo tiene, sin embargo, una fuerza de siglos, que nos lleva fácilmente al trance de la máxima tensión *jonda*, y una tal carga de dramatismo que incluso en el aire festero de las bulerías pasa una y otra vez, sin transición, del tercio jocundo al treno más desolado y patético.

La familia de La Perrata fue, en cierto modo, más protagonista del Primer Maratón Flamenco de Sevilla, que organizó el Centro Provincial de Cultura y Desarrollo Vilela or Chibé para promover obras sociales y culturales en favor de los gitanos de la provincia. Pedro Peña, el otro hijo de María, que habitualmente actúa como guitarrista, lo hizo aquí cerrando el festejo de 10 horas de duración como *cantaor:* unas *seguiriyas* de sabor muy puro, y unas bulerías en que alternó el cante con su madre. Y ya día claro, rodeados de gitanos, se fueron los dos por el césped del estadio Benito Villamarín haciendo palmas y cantando *Ya se van los gitanos*, un aire por caravanas que viene a ser un rito.

Juan Peña *El Lebrijano*, en cambio, tuvo una de esas noches ingratas en que no acabó de centrarse, y quedó inédito el cante grande que él sabe hacer. ¿Habrá que hablar también de noches *negras* de Juan, como las tuvo aquel otro gitano inmortal que fue Manuel Torre?

Yo no los conté, pero calculo que cerca de un centenar de artistas flamencos —y la mayoría gitanos, aunque no faltó la solidaridad de unos pocos *payos*— pasaron

En el cante hubo de todo

el buen cante siempre de Curro de Triana, el buen toque de Ricardo Miño y dos flautas.

Manuel Carrasco se mantuvo dentro del mejor clasicismo flamenco con unas soleares llenas de majestad. El solemne compás, llevado con rigor por *cantaores*, guitarristas y palmeros, permitió a esta mujer desarrollar una y otra vez, siempre igual, pero siempre distinto, el juego fascinante de uno de los *palos* fundamentales del flamenco.

Citemos también a Angelita Vargas, su marido, El Biencasao, y el hijo de ambos, Joselito; bailaron muy bien, como ellos saben hacerlo, aunque deba señalar que siempre hacen exactamente el mismo repertorio, lo que, inevitablemente, se traduce en monotonía para el espectador que les ve con cierta frecuencia.

Los Montoya, por último, también repitieron su actuación habitual, en la que destaca la tremenda fuerza del baile, primario y elemental si se quiere, de Carmelilla.